

Silencios y Atardecer en el Palo

José Olivero Palomeque

SILENCIOS

Rocas y mar, arena y olas,
azul y cielo, brisa y viento...
¡Todos sois testigos
de palabras y sentimientos!

Nada hay tan hermoso
como sentirse acompañado
por las caricias de la ternura
hecha vida en tus manos.

Agua y fuego,
fusionados en el poniente sol,
expanden sus antagonismos
en el entendimiento obligado.

Seres que viven el imposible del deseo,
contemplando en sus anhelos
la belleza creadora
de impulsos y sentimientos.

La envoltura de este mar en movimiento
abraza con su fuego estelar,
en este atardecer vibrante,
el alma de la inocencia.

La vida se escapa llevada por la brisa,
entre susurros y promesas
pronunciados desde el silencio
de su mundo interior.

Silencios que dan vida
a las vidas compartidas

cuando éstas se comunican
sólo con su mirada.

Las palabras no dicen,
los labios apenas gesticulan,
los ojos transmiten,
el mar se agita en su interior,

Es el amor.



ATARDECER EN EL PALO

Es un día cualquiera del mes de Mayo, cuando la primavera ofrece las delicias de una naturaleza plena de vida: todo florece, como si una mano prodigiosa se dedicara a jugar con el cromatismo caprichoso de una obra maestra. Después de una agitada jornada de trabajo decido pasear, a

la caída de la tarde, por las playas de El Palo, antiguo barrio de pescadores que aún conserva su sabor marinero, a pesar de que esta actividad profesional se esté perdiendo por el desarrollo de otras ocupaciones. No obstante, se puede saborear el “pescaíto” frito malagueño en la abundante oferta que presentan los restaurantes y chiringuitos que se ubican a lo largo del paseo marítimo paleño.

Como la temperatura es templada y sólo unas cuantas ráfagas de nubes manchan el cielo, prácticamente despejado, decido sentarme en la arena, a la orilla de este mar tranquilo, sereno y acogedor, a estas horas de la tarde. A mi derecha se perfilan, a lo largo del litoral, las primeras luces que quieren iluminar el agradable paseo marítimo de Pedregalejo, el largo paseo, también marítimo, de Picasso hasta llegar a la Malagueta. La silueta de los montes que corona el Castillo de Gibralfaro, se deja caer por las murallas que llevan hasta la Alcazaba, morada árabe que nos traslada al esplendor de la presencia musulmana en Málaga. Estas imágenes las observo desde mi privilegiado mirador, a orillas del mar. La ciudad, en su plenitud, en la que destacan su Catedral, el puerto con su largo espigón, adentrándose como un tentáculo en el mar, y la farola, siempre fiel y atenta a la llegada de los navegantes, se presenta con sus primeras luces que iluminan la vida que en ella se desenvuelve.

Con mi mirada, continúo disfrutando del paisaje que me ofrecen los montes de Torremolinos y toda la cordillera que se destaca al fondo, con la Sierra de las Nieves y la Serranía de Ronda. Y abajo, junto al mar, una hilera de luces define la costa que va desde Málaga capital hasta Torremolinos.

Una brisa suave y refrescante me envuelve como si fuera un manto agradable al tacto. Frente a mis pupilas se abre un inmenso azul mediterráneo que se pierde en el horizonte, fusionándose con un cielo que va a iniciar el espectáculo de una transformación cromática que cautiva mi alma en este estado de contemplación marinera.

El mar se va rizando con una brisa ligera de levante y un constante chapoteo, en la proximidad de mi presencia, me indica que este mar cede el ímpetu de su energía ante la caricia de una fina arena que lo acoge, en su orilla, con ternura. Y aquí, como fiel testigo de todo este mundo de sensaciones, sonrío y mi alma se serena.

El Sol va declinando lentamente, aproximándose a las curvas que delimitan los montes de Torremolinos. El manto del cielo va cambiando su intenso azul por una mezcla de grises y celestes, dependiendo de la proximidad o lejanía del astro solar; poco a poco, aprovechando la presencia de unas nubes alargadas, como si fuese algodón deshilachado, van apareciendo unas manchas rosas con trazos cada vez más rojizos hasta que la bóveda celestial se cubre de un intenso rojo que va progresando hasta convertirse en un naranja brillante, resplandeciente... En medio de este espectacular cromatismo, un círculo luminoso hiere la retina de mis ojos que no se despegan de su imagen, imagen que va descendiendo, de manera inexorable, tras los oscuros montes que lo quieren ocultar. Es como si su rostro quisiera demostrar el esfuerzo que está haciendo para no desplomarse y desaparecer. Y el círculo resplandeciente intensifica el perfil de su aro para afianzar su presencia en este día. Cuando el último perfil de este sol que se despidе cae y desaparece, una flama incandescente fluye tras estos montes, como rayos que pretenden sujetarse a la cúpula del cielo tratando de recuperar la presencia del rey Sol. De esta manera, el intenso naranja que cubría hasta ese momento el firmamento, va tornándose a un violeta cada vez más oscuro hasta dar paso a la presencia de la noche con su luna y sus estrellas.

Durante todo este proceso de transformación solar, la superficie del mar se ha ido contagiando de estos fenómenos cromáticos, simulando las mismas secuencias conforme la tarde avanzaba en su reloj biológico. Multitud de destellos y ráfagas de colores fueron apareciendo en su manto acuoso, siempre en movimiento, siguiendo las directrices de las corrientes que en su interior marcan el ritmo de su vida. Así es el mar, así es el Sol, así es la generosidad de una naturaleza que nos regala este extraordinario espectáculo desde las playas de El Palo.

El atardecer finalizó, el cielo y el mar se funden en una oscuridad sólo animada por infinitos puntos luminosos que dan forma a un cosmos probablemente lleno de vida. Y mi vida, en este momento, toma conciencia de la pequeñez y a la vez, la grandeza de mi existencia ante este acontecimiento.